

Ariel: una lectura para el siglo XXI

Fernando Ainsa

Cuando en 1900 José Enrique Rodó, un joven estudioso autodidacta de apenas veintinueve años, publica *Ariel* en una modesta editorial de Montevideo, nada permite suponer que este breve ensayo de apenas 100 páginas se convertiría al cabo de un par de años en el libro emblemático de América Latina. El joven Rodó –nacido el 15 de Julio de 1871 en el hogar compuesto por un próspero comerciante de origen catalán y una madre criolla de familia tradicional– se había transformado en el «Maestro de la juventud de América». A ese título se le añadirían otros: «artista educador», titular de una «empresa sagrada» y conductor de una «milicia sacramental». *Ariel* pasaba a ser el «Evangelio americano» que predicaba un idealismo –el arielismo– como modelo latino frente al agresivo y expansionista modelo norteamericano.

Las interpretaciones de las razones del éxito singular de la obra de Rodó coincidirían en que «las palabras de *Ariel* se dijeron en el momento oportuno» (Pedro Henríquez Ureña), porque tuvieron la «virtud profética de lanzar, en su hora, la palabra necesaria y decisiva» (Alberto Zum Felde), ya que el autor de *Ariel* «simbolizó las más bellas y más hermosas aspiraciones de nuestra América» (Max Henríquez Ureña). Sin embargo, al mismo tiempo que su palabra «oportuna» y «necesaria» era reconocida internacionalmente, se iniciaba una polémica sobre la verdadera dimensión de su obra. Enfrentados los entusiastas panegiristas del «arielismo» a quienes sospechaban que el «idealismo rodosiano» era «un grueso contrabando de vacilaciones y oportunismos», críticos y estudiosos de *Ariel* inauguraron una discusión no resuelta hasta nuestros días.

Por un lado, estaban quienes consideraban –como José de Riva Agüero– la «sangrienta burla» y el «sarcasmo acerbo y mortal» de un Rodó que «propone la Grecia antigua como modelo para una raza contaminada con el híbrido mestizaje con indios y negros»¹. En el otro extremo, quienes lo saludan como el «profeta del nuevo siglo para estos pueblos que esperaban ansiosos la palabra de fe en sus propios destinos» (Max Henríquez Ureña).

¹ José de Riva Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente*, Lima, 1905; p.263.

Entre ambos, un amplio y contradictorio espectro de opiniones que el paso del tiempo apenas ha atenuado. A ello contribuiría en la década de los sesenta el debate sobre si lo auténticamente americano está representado por Calibán más que por Ariel, según propusiera a modo de provocador desafío Roberto Fernández Retamar en *Calibán: Apuntes sobre la cultura en nuestra América*². Una polémica en la que Antonio Melis ha terciado, sugiriendo si, finalmente, «entre Ariel y Calibán no habría que apostar por Próspero»³.

Pese a ello, es posible preguntarse si el propio autor no alimentó esa «figura estatuaría, firme, serena en demasía» de quien fuera «enmascarado persistente» en vida como «sigue siéndolo después de ido a la tiniebla»⁴. Al practicar una prosa de vocación ejemplificadora, con un estilo emblemático y voluntad moralizante, Rodó habría asumido a plena conciencia un tono magisterial y una retórica que algunos consideraban inadecuada para el lector joven a la que estaba destinada. Porque, en realidad, Rodó ya era dueño desde los 25 años de esa «mocedad grave», con que lo retrató Zum Felde. Crisis y depresiones, sobrellevadas con pudor y estoicismo desde que quedara huérfano de padre a los catorce años, el joven Rodó había enfrentado dificultades económicas que lo condujeron a abandonar sus estudios universitarios. Se refugiaría desde entonces detrás del gesto impostado e impenetrable con el que se lo identificó el resto de su vida.

El precoz y activo colaborador de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* era ya esa «persona reconcentrada y solitaria, tímida y desgarrada», de figura de «tipo linfático en grado extremo», dueño de un «cuerpo grande pero laxo», de «grosura fofa» y de «andar flojo», con «los brazos caídos, las manos siempre frías y blandas, como muertas, que al darlas parecían escurrirse», carente de «toda energía corporal», donde «sus mismos ojos, miopes y velados tras los lentes, no tenían expresión»⁵. Claro es que el mismo Zum Felde descubriría, detrás de aquel «hombre pesado y gris», con la «máscara inexpresiva de su rostro» y con esa «cara pálida» que se iría abotagando con los años, escudado en «el respeto que donde-

² Roberto Fernández Retamar, *Calibán: Apuntes sobre la cultura en nuestra América*, México, Diógenes, 1971.

³ Antonio Melis, «Entre Ariel y Calibán: ¿Próspero?» en *Nuevo Texto crítico*, no 9-10, Vol. V, 1992. Stanford, USA.

⁴ Emilio Oribe, *El pensamiento vivo de Rodó. Introducción y antología de textos*. Buenos Aires, Losada, p.17, 1944.

⁵ Alberto Zum Felde, *Introducción a Ariel*, Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 1967; p.11. Este texto reproduce el capítulo consagrado a Rodó en *Proceso intelectual del Uruguay*, Buenos Aires, Ediciones Claridad, 1941.

quiera lo rodeaba», a un verdadero escritor. Un escritor que, más allá de la melancolía a la que sucumbiría prematuramente, interesaba por su «carácter viviente, renovado, creciendo a expensas de una inmanencia de energías infinitas» y por esa condición de artista y «suscitador», como lo prefirió definir Emilio Oribe.

Esta contradicción entre el carácter y el mensaje, entre la personalidad y la obra de Rodó se explica —a nuestro juicio— por la explícita «voluntad programática» con que encara la misión del escritor quien, por principio, «debe ser» optimista. El autor de *Ariel* se dice «hay que reaccionar», porque el momento lo impone y lo hace más por un deber intelectual asumido éticamente que por espontáneo impulso de su naturaleza. Ello explicaría esa contradicción entre el contenido entusiasta de su obra y la apariencia flemática y solemne de su persona, esa dificultad en poder identificar lo que dice con el *cómo* lo escribe, en poder asociar al personaje con su prédica. Es lo que hemos llamado en otro trabajo consagrado a su obra la «trastienda del optimismo»⁶, donde se revela el progresivo desfallecimiento que lo embargó hasta su solitaria muerte prematura en un hotel de Palermo, en 1917, cuando apenas contaba con 46 años de edad. Con otras palabras, Jorge Arbeleche sugiere que Rodó fue un «agónico, pero no un claudicante»⁷.

El culturalismo libresco y artificioso, ese esteticismo aristocratizante que, sin embargo, no fue nunca desdeñoso, pareció servir al deliberado propósito de construir «un estilo para un sermón pedagógico cargado de razones y vertebrado por un pensamiento argumentativo y doctrinal, superando la funcionalidad denotativa del mensaje», como sostiene Belén Castro⁸. Rompiendo la «coraza retórica de su propio lenguaje, bajo el aspecto marmóreo del Maestro y del Prócer, cubierto por el bronce severo de la estatua que muchos de sus críticos han esculpido», Belén Castro rescata al «artista finisecular sensible ante la confusión de su tiempo» y el optimismo heroico de quien fuera «un desterrado en su propio país».

⁶ Al tema de la contradicción entre la personalidad de Rodó — tal como aparece reflejada en testimonios, correspondencia y escritos íntimos— y el tono y estilo del mensaje optimista y esperanzado de su obra hemos consagrado nuestro trabajo «Un mensaje para los naufragos que luchan. La victoria sobre sí mismo de José Enrique Rodó» en Fernando Ainsa, *Tiempo reconquistado. Siete ensayos sobre literatura uruguaya*. Montevideo, Ediciones Géminis, 1977. Pag. 41-45.

⁷ Palabras pronunciadas en el simposio interdisciplinario sobre «José Enrique Rodó y su tiempo: cien años de Ariel», organizado por la Friedrich-Alexander Universität (Erlangen, febrero, 1999).

⁸ Belén Castro, *edición crítica de Ariel*, Madrid, Anaya-Mario Muchnik, 1995; p.146.

Fines de siglo, fines de milenio

A los cien años de su publicación, *Ariel* sigue siendo la obra más citada y editada de Rodó. Texto obligatorio en la enseñanza del Uruguay, referencia en numerosos países latinoamericanos, ediciones críticas en España y estudios consagrados a su pensamiento en el contexto de la historia de las ideas de América Latina, pautan ese interés. Una reciente edición italiana añade una nueva área lingüística a esa misma preocupación⁹.

Sin embargo, más allá del interés académico por *Ariel*, es posible interrogarse sobre la vigencia en vísperas de un nuevo milenio de una obra escrita hace cien años. Esta interrogante invita a algunas comparaciones. En efecto, la tentación es grande y es difícil no sucumbir a la facilidad de comparar lo que ha sido el final de este siglo con el fin del siglo XIX. Sin caer en simplificaciones y más allá de su especificidad, una serie de similitudes pueden ser trazadas entre ambas fechas, especialmente en el área hispánica¹⁰.

«El despertar del siglo fue en la historia de las ideas una aurora, y su ocaso en el tiempo es, también, un ocaso en la realidad»¹¹, escribía Rodó en 1897 sobre el siglo XIX que terminaba. Este tono crepuscular de un fin de siglo donde todo «palidece y se esfuma» y cuya vida literaria «amenaza extinguirse», impregna las primeras páginas de *El que vendrá* (1897), momento signado por la incorporación del mundo hispanoamericano a la modernidad y por la reflexión sobre el reajuste de la «inteligencia americana», período que Alfonso Reyes definió como «sin esperanzas de cambio definitivo ni fe en la redención». Entonces, como sucede ahora, se tenía la sensación de que «algo funcionaba deficientemente en el organismo vivo de aquellas sociedades en crecimiento»¹².

Bueno es recordar que entre 1899 y 1920, en ese ambiente entre pesimista y resignado, proliferan los diagnósticos sobre la condición «patológica» y «enferma» de Hispanoamérica. Varios de los títulos de las obras publicadas resaltan el carácter de «continente enfermo», como hace César

⁹ *Ariel. Edición italiana a «la cura» de Antonella Cancellier. Introducción de Fernando Ainsa. In forma di parole, Bologna, 1999.*

¹⁰ *No somos los primeros en sugerir una comparación de este tipo, ya que estudiar ambos períodos atendido a rigurosos criterios historiográficos ha sido el objetivo del ensayista Hugo Biagini en su obra Fines de siglo, fin de milenio (Prólogo de Fernando Ainsa). Buenos Aires, UNESCO/Alianza Editorial, 1996.*

¹¹ *José Enrique Rodó. Primera frase de El que vendrá. Obras completas, 2ª edición, Madrid, Aguilar, 1967, p.150.*

¹² *Alfonso Reyes, Notas sobre la inteligencia americana, en Obras completas, Vol. XI, México, FCE, 1960.*

Zumeta en su breve ensayo, *Continente enfermo* (1899); Agustín Álvarez en *Manual de patología política* (1899); Manuel Ugarte en *Enfermedades sociales* (1905); José Ingenieros en *Psicología genética* (1911), diagnóstico que se prolonga en *Pueblo enfermo* (1920) de Alcides Arguedas y que está igualmente presente detrás del título más optimista de *Nuestra América* (1903) de Carlos Octavio Bunge.

Una similar inestable desazón y sentimiento de crisis y «decadencia» se repite ahora a fines del siglo XX, en el que se proyectan los presagios agoreros de los apocalípticos aupados sobre la resignación de los integrados. Basta enumerar los rasgos más notorios de nuestra mal asumida contemporaneidad de fin de milenio: crisis de valores y pregonado fin de las ideologías, ausencia de nuevos repertorios axiológicos en que reconocerse, «era del vacío» y culto de lo fragmentario con lo que se asocia la postmodernidad, derrumbe del mundo bipolar, desorientación y pesimismo tan difuso como generalizado, angustiado vértigo ante el futuro y rechazo del presente, denuncia del deterioro de normas de convivencia y solidaridad social, temores suscitados por la globalización económica y la masificación cultural uniformadora que desdibuja la diversidad creadora.

La vigencia de *Ariel* no se detiene en el espíritu de fin de siglo que se vivió entonces y que parece repetirse con el nuevo milenio. Hay otros puntos en los cuales inscribir una lectura actualizada de sus páginas. En efecto, entonces como ahora, el mundo hispanoamericano está sometido a la gravitación del solitario y poderoso «gendarme» mundial, los Estados Unidos. Esos Estados Unidos que Rodó asimila a «representantes del espíritu utilitario y de la democracia mal entendida»¹³, que en 1900, tras haber derrotado a España y haber impuesto humillantes «enmiendas» a Cuba y Puerto Rico, intervenía con impunidad en América Central y el Caribe.

Sin embargo, en aquel momento Rodó comprendió que no bastaba con lamentarse y que había que dar una respuesta regeneradora a la crisis que reflejaba el pesimismo y el decadentismo reinante y el abierto conflicto entre espiritualidad y modernidad de la nueva sociedad latinoamericana emergente. Ello se tradujo en la combativa actitud de un escritor frente a la resignada aceptación con que se sobrellevaba la fatalidad de pertenecer al orbe latino y, dentro de éste, al mundo hispánico donde América, a su vez, mantenía algunas reservas frente a España y donde ésta percibía la lengua de Hispanoamérica como «dialecto, derivación, cosa secundaria, sucursal

¹³ Anotaciones a mano de Rodó en el ejemplar de *Ariel* que ofreció a Daniel Martínez Vigil.

otra vez: lo hispanoamericano, nombre que se ata con guioncito como con cadena», según resumió Alfonso Reyes con cierta ironía¹⁴.

Se percibió entonces, como ahora, la necesidad de restaurar un diálogo constructivo con España. Rodó había seguido desde su primera juventud los enfrentamientos que se produjeron en 1892 en el marco de las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América, donde se habían puesto en evidencia –pese a desfiles, exposiciones y congresos en los que participaron escritores hispanoamericanos y españoles, entre otros el uruguayo Juan Zorrilla de San Martín– recelos todavía no superados en los países independizados del continente y agravados por la lucha de las últimas colonias antillanas.

En el trasfondo del IV Centenario, como sucedería cien años después con el V, celebrado en 1992, hubo una voluntad de España por romper su aislamiento y recuperar una dinámica dimensión en América. Es la «savia nueva para construir una Nueva España» e iniciar «el punto de partida de una nueva era de triunfos» y así consolidar los lazos económicos y culturales con el Nuevo Mundo. Se trataba, entre brindis, discursos y poemas, de recuperar una fraternidad perdida en los jirones independizados del antiguo imperio. Es interesante recordar el papel que cumplieron en aquel momento escritores como Rubén Darío, Ricardo Palma, Zorrilla de San Martín, Acosta de Samper y Ernesto Restrepo Tirado fomentando relaciones culturales en el marco de los festejos. Algunos, como Restrepo, llegaron a ensalzar la conquista española, destacando el papel civilizador del genocidio, ya que las tribus indígenas estaban «entregadas a tales vicios que no parecía lejano el momento de su desaparición y exterminio de las unas por las otras». Otros, por el contrario, consideraron que el IV Centenario debía impulsar estudios sobre las civilizaciones prehispánicas destruidas por la conquista, situándose en una actitud más científica y positiva, acorde a la filosofía de la época. Ya se sabe que estos planteos de los que recogió sus ecos en Montevideo el joven José Enrique Rodó, se reactualizaron en las celebraciones del 500 aniversario del «encuentro» de América en 1992 y en las declaraciones voluntaristas de las Cumbres Iberoamericanas reunidas anualmente desde entonces.

Otros paralelos pueden establecerse entre el fin del siglo XIX que viviera con alarmada preocupación Rodó y el del siglo XX. Los temores del autor de *Ariel* ante «la invasión de las cumbres por la multitud» y las «hordas de la vulgaridad», no suenan muy diferentes a los preocupados llama-

¹⁴ Reyes, O.C. p.89.

dos y alertas contra la homogeneización cultural y los perniciosos efectos de la sociedad de consumo contemporánea que se escuchan ahora. Tampoco es ajeno el rechazo de «la democracia igualitaria que ha hecho del imperio del número y la mediocridad su objetivo, negando todo elemento ideal y espiritual en su concepción política»¹⁵, lo que Rodó llamaba «lo innoble del rasero nivelador», entre un sector de la intelectualidad contemporánea. Si a Rodó se le atribuyó, no sin razón, propiciar un elitismo frente a la cultura de masas emergente, similares alarmadas señales se han lanzado en este fin de siglo contra el poder de los medios de comunicación, especialmente la televisión, frente a los cuales se reivindican los méritos de la «excepción cultural».

Del mismo modo, puede percibirse la reminiscencia del modelo helénico y la reivindicación del «ocio clásico», al que se refiere el maestro Próspero en *Ariel*, en la reactualizada valoración del pensamiento clásico greco-romano, cuyos méritos se han redescubierto de un modo más simbólico que histórico en la desorientada postmodernidad de este último decenio.

¹⁵ José Luis Abellán, José Enrique Rodó. Antología del pensamiento, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1991; p.20.



Ch. Clifford: *Calle de Cuacos* (1858).